

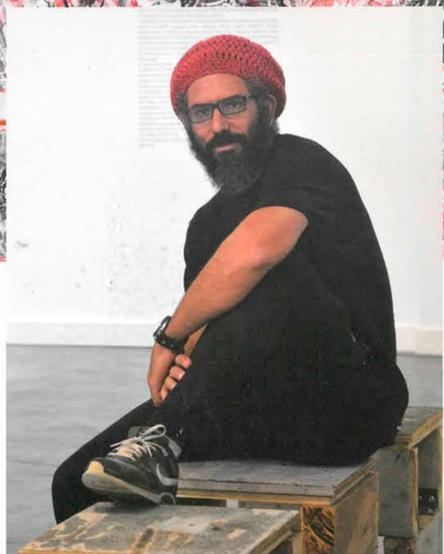
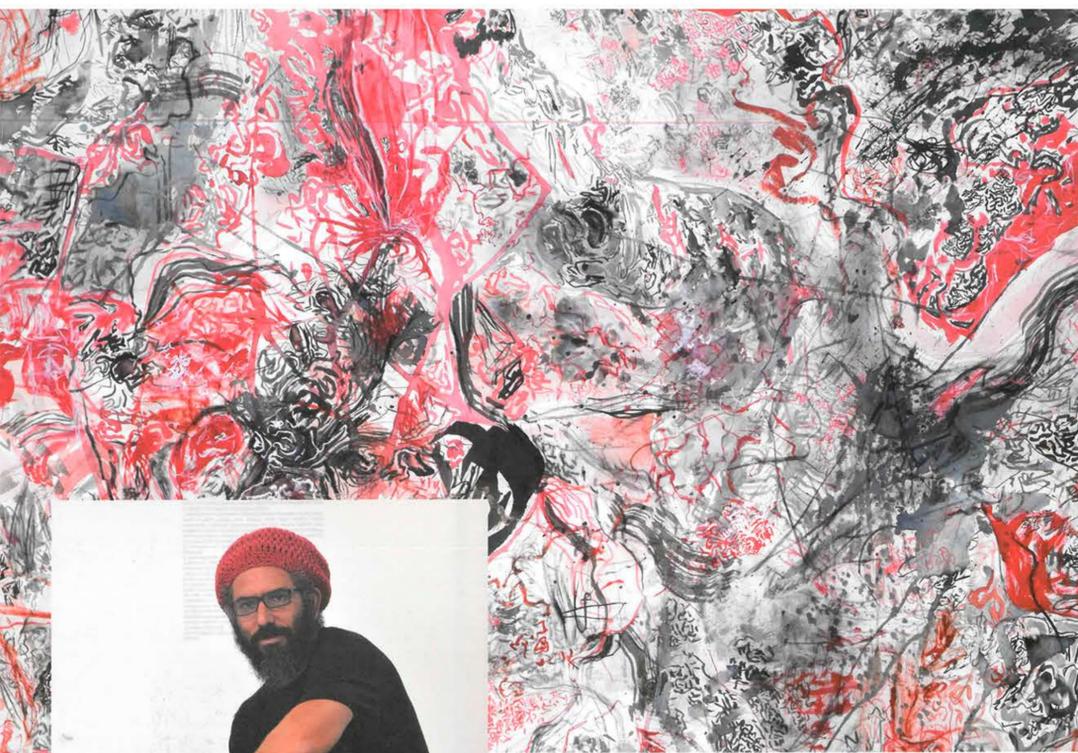
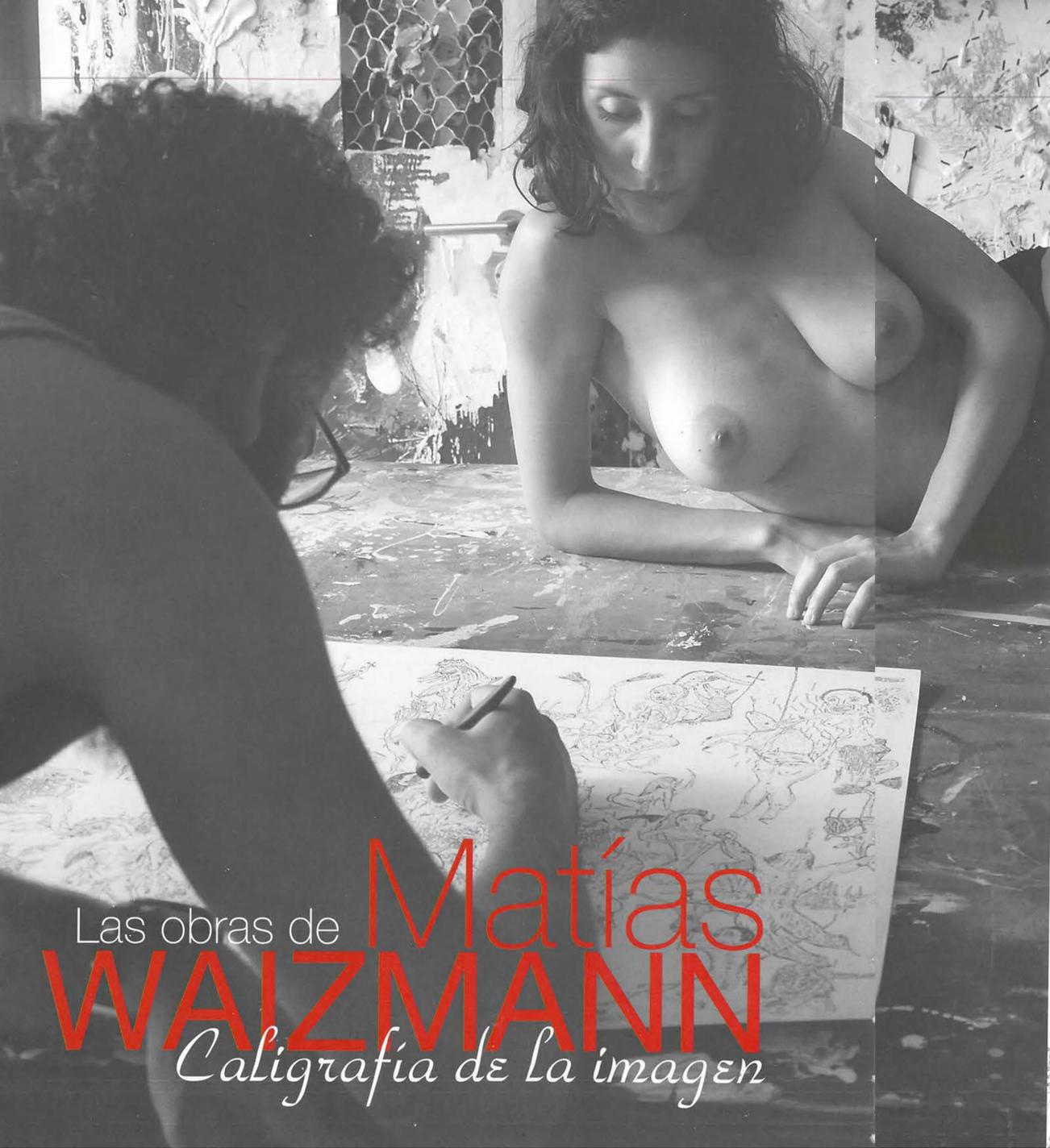
El arte contemporáneo local explora actualmente nuevas posibilidades del dibujo. Las estructuras academicistas han quedado bastante atrás en nuestra historia, no así el factor sorpresa y el desarrollo de la versatilidad del dibujo como forma libre, como verdadera caligrafía de la imagen. Ante ello la obra de Matías Waizmann es icónica y mutante. Su línea abre mundos por explorar que pueden cambiar de acuerdo con como miremos el cuadro. Con cada vistazo, ese conjunto crispado puede revertirse, estirarse, expandirse, amalgamarse.

Waizmann reordena su obra en un rigor de mancha y rizoma, de obsesión y ley. Sus grafismos —controlados, pero incontrolables— le permiten desarrollar una praxis visual propia de un terreno que es a la vez, abstráctizante, y gestual. Como ya lo dijera el destacado artista y curador Eduardo Stupia, el lenguaje de Matías Waizmann se acerca a un proceso de microfísica manual, de células caligráficas y escriturales.

Estas referencias son especialmente adecuadas para observar con detenimiento los dibujos de la serie *Grafismos*. Allí tenemos a estas células que nos convocan con aventurados centros y que nos disparan por igual a otros sectores del blanco del papel. Un movimiento constante que es a la vez un tipo de música manual: de las líneas que se fragmentan y caen, pasando por leves sistemas que evocan ritmos atonales de tipografías ocultas (una escritura que aún no se ha escrito) hasta dialogar, incluso, con las capacidades de sugerencia que puede evocar el uso de la mancha. Este último recurso presenta, además, ciertas reminiscencias de la pintura tradicional china, donde el gesto nítido, el sello y el texto poético conviven en una composición en la que los vacíos y los llenos presentan una armonía ideal.

Las obras de Matías WAIZMANN

Caligrafía de la imagen



Entre muchos de sus referentes (el mismo Stupia, Andrés Weissman y Yuyo Noé), Waizmann considera a Enio Iommi como su principal guía en los caminos del arte, y destaca la capacidad del maestro en el desarrollo de obras que no eran concebidas para agradar y ser aceptadas. En la etapa concreta de Iommi, y como lo señaló Elena Oliveras en el catálogo de su última muestra en el Centro Cultural Recoleta, nos encontramos con obras en las que el vacío actúa como una forma escultórica más. Un equilibrio signado por la línea y los materiales puros que genera vibraciones en el espacio. Más tarde el artista pasó a trabajar con materiales poco nobles, como el adoquín, y llevó consigo una carga conceptual que irrumpió en el espacio, para luego llegar al período de los ensamblajes paródicos de objetos cotidianos. Un proceso duchampiano sobre el que Waizmann también indagó a partir de su propio lenguaje. Hablamos de las series *Plásticos Espaciales* y *Objetos Ensamblados*, donde los procesos escriturales mencionados pasan ahora a la materia; en el uso de diversos plásticos derretidos que en ocasiones adoptan las órbitas barrocas de sus dibujos.



En esta investigación de las formas, el artista comenzó a trabajar la ironía y la crítica social. En los ensamblajes, atravesados por otros procesos ahora más figurativos y que aparecen en sus óleos y acrílicos, se unen ralladores, adoquines, nenucos mutilados, superhéroes descontextualizados, y demás productos de la cultura de masas que son reasimilados en un nuevo corpus desbordado de ira, juego y creación, cuyo objetivo se propone, finalmente, reordenar otro caos: el humano.

En sus obras, se expresan la ironía y la crítica social

